



HOMILIA EN LA BASÍLICA, PEREGRINACIÓN DE LA SRHN ENS – Mt 23,1-12 23 DE AGOSTO DE 2025

Estamos en la casa de la humildad. La humildad de la Virgen María es asombrosa. Refleja la humildad de Jesús y Jesús es la imagen viva de la humildad de Dios. La humildad, al modo como la vivió Jesús entre nosotros, consiste en hacerse pequeño para elevar a los demás. Nadie en la historia ha vivido una humildad tan profunda, Jesús se abaja para desear el bien absoluto a cada uno: la salvación, el mayor bien que nadie pudiera alcanzar para nosotros, lo conquista Jesús desde la humildad.

Jesucristo, Verbo encarnado que vino a "morar entre nosotros", su venida es "irreversible", vino a revelarnos la humildad de Dios...

La humildad de Jesús es la humildad del amor. Humildad y amor van de la mano, no se conciben separados. No se puede vivir una sin la otra. En Dios, en Jesús, la humildad consiste en **hacerse pequeño, y hacerse pequeño por amor, para elevar a los demás**. La humildad es el gran secreto de Dios. Es la fuerza de Dios. Es desear el bien para cada uno.

Jesús manifestó en su condición humana, cuánto estaba dispuesto hacerse pequeño, para rescatarnos para la libertad, para ofrecernos la comunión con Dios. Aceptó despojarse de su condición divina, para entrar en la estrechez de nuestra condición humana aceptando el sufrimiento que le causaba dejar su rango divino para entrar en nuestra condición humana. Sufrimiento para nosotros inconcebible.

Para los escribas, que eran grandes estudiosos de los textos sagrados, Jesús fue incomprensible. Eran eruditos, personas instruidas y cultas que conocían las leyes y los preceptos en las Sagradas Escrituras, pero no entendieron a Jesús. Tenían la sabiduría para resolver asuntos de justicia a partir de los textos sagrados, pero rechazaron a Jesús. Jesús resultó incomprensible. Les resultó inaceptable su palabra.

Los fariseos buscaban la práctica de la ley, pero a Jesús no lo aceptaron. Personas rectas que buscaban vivir de acuerdo a la legislación y consideraban impuro a todo aquél que no buscara practicar la ley, pero Jesús fue para ellos un blasfemo. A los Escribas no les alcanzó la meditación de las escrituras, ni los fariseos la práctica de la ley, para descubrir la grandeza que tenían ante los ojos: Jesús. No pudieron ver que en él se cumplían la ley y los profetas.

Increíble. Jesús, manifestación de la gloria de Dios, debería haber sido aclamado por los escribas y fariseos. La falta de humildad cerró sus ojos y su corazón. Se obstinaron, su comprensión de las Escrituras y su amor por la ley derivó en gran fracaso. Estaban centrados en sí mismos.



Tu encuentro con Jesús podría también ser un gran fracaso si el orgullo te domina. Corres el riesgo de pensar que Jesús es innecesario, que puedes vivir según tus criterios, seguir tus impulsos y buscar las satisfacciones, pero vivirás en el mundo antiguo, en el mundo que ya caducó. El mundo intentará hacerte pensar que no es indispensable vivir la fe, que busques disfrutar de la vida. ¿A qué reino queremos pertenecer? Hay un viejo reino que es caduco, el de la competencia, el de imponerse, el de arrollar, de dominar, de esclavizar a los más débiles... el de las guerras, opresión, violencia. Este no es el reino de Dios. Deja que Dios gobierne tu corazón, tu vida.

Si aprendes a ser humilde. Aprenderás a vivir en Cristo, aprenderás a perdonar, a amar incluso a su enemigo, a ser siervo y no déspota.

Sin la humildad no entenderás nada de la vida. Todo te parecerá opaco y ruin. El ser humano permanece torpe si no entra en la humildad. Desde el orgullo el mundo es un lugar siniestro. No tiene vida, no tiene alma, no tiene alegría. Todo se hace débil, sin vida. El orgullo es la mayor resistencia contra el amor. Es la fuerza que se opone a Dios. Solo en Jesús podrás aprender a ser humilde. Solo en la humildad tendrás vida plena. Quien se resiste y vive desde el orgullo, no podrá vivir la humildad, no podrá amar.

Si te falta la humildad, estarás lleno de ti. No habrá espacio para los demás. No será posible mirar al otro con respeto, con amabilidad, con amor. Te sentirás satisfecho, lleno de ti mismo, mirarás al otro con impaciencia, con ira, con resistencia, con resentimiento. Tu capacidad de amar se desvirtúa sin la humildad. ¿Cómo podrías vivir la amistad sin humildad? ¿Cómo podrías vivir el matrimonio sin la humildad? ¿cómo podrías salir de la autosuficiencia y del individualismo, sin la humildad?

La humildad se expresa en el amor. No hay humildad sin amor. No hay amor sin humildad. La humildad es centrarse en el otro por amor, donándose para que el otro viva. El amor busca el bien. Solo el que es humilde puede buscar el bien del otro. ¿Has encontrado la felicidad? ¿has descubierto el sentido de la vida? ¿Te ha faltado la humildad? ¿Te ha faltado amor? ¿Le falta vida a tu vida? ¿Le falta amor a tu amor? ¿Le falta paz a tu matrimonio? ¿Le falta alegría a tu noviazgo?

“El matrimonio no es refugio, sino aventura. Cristo no entra en el hogar para quedarse quieto, sino para conducir a los esposos a caminar juntos hacia Dios.”

“El amor de los esposos es un signo vivo: reflejo del misterio grande, la unión de Cristo y su Iglesia. En esa fidelidad frágil y humana resplandece la fidelidad eterna de Dios.”



“La santidad de los esposos no se encuentra en gestos heroicos, sino en la vida de cada día: en la paciencia, en la ternura, en el perdón ofrecido y en la alegría compartida.”

Si no puedes amar, seguramente estás lleno de ti mismo, tu convivencia con el otro será una tortura para ti, para los demás. Estarás lejos de la paz de Cristo.

Busca la eucaristía, busca la meditación, busca la Palabra de Dios. Aprende a centrar tu vida en Jesús. Sin Jesús la vida será un fracaso.

Jesús estaba centrado en el Padre y en nosotros. Se hizo pequeño para elevarnos. En su corazón estabas tú, con tus sueños, tus ilusiones, tu vida, tu fe, tu trabajo, tu matrimonio, tu salud, tu salvación. Jesús vive para que tú vivas. Su corazón está centrado en ti, para que vivas.

Jesús vive centrado en el otro por amor. Vive la máxima humildad. Su misión pública manifiesta la dedicación profunda por los demás: expulsión de los demonios y curación de los enfermos, predicación del Reino, comensalidad con los pecadores.

En el lavatorio de los pies, Jesús se hace siervo, viste la indumentaria del siervo, para lavar a cada uno de sus seguidores. Quería que ellos vistieran también la indumentaria del siervo, que se hicieran pequeños. En este gesto queda declarada la identidad divina en su máxima profundidad. Dios es aquél que se hace siervo del ser humano, para levantarlo, para salvarlo, para animarlo y ofrecerle la vida divina.

En la Eucaristía anuncia el gran don de su vida hasta la muerte: Este es mi cuerpo, esta es mi sangre, dirá en la última cena, anunciando su total entrega. En este anuncio queda establecida para siempre la donación de Dios, que se abaja para servirnos. Jesús que haciéndose hombre por nosotros, se hizo siervo hasta el extremo, para enriquecernos con su riqueza.

La vida en el sacerdocio, en el matrimonio, en la soltería es solo auténtica, si se pone al servicio del otro, si se empeña en alcanzar el bien del otro, si se decide a querer que el otro viva. Para ser verdadero, el matrimonio tiene que aprender de la humildad de Jesús que se ofrece por el bien del otro. Debe ser eucarístico. Los esposos deben alimentarse de Jesús que dice, Este es mi cuerpo, esta es mi sangre”, para que así también el esposo y la esposa repitan: Este es mi cuerpo, esta es mi sangre, este soy yo, esta es mi vida, esta es mi sexualidad, este es mi tiempo, este es mi dinero, esta es mi personalidad, este soy yo que se entrega para que tú vivas. Sin la humildad que se abre a la entrega, el amor es imposible. No vivirás el amor matrimonial pleno, si no vives el deseo de bien del otro, desde la humildad.



Nadie puede vivir una vida auténtica sin humildad. La Virgen aquí en este santuario nos enseña que la verdadera grandeza está en despojarse de todo ego personal, de toda búsqueda de sí mismo, de toda autosuficiencia, de toda tentación de buscar poseer al otro, de querer dominar al otro, de querer combatirlo. La verdadera grandeza consiste en hacerse pequeño, para poder hacerse uno con Dios, para ensalzar a Dios y que Dios encontrándonos disponibles nos haga suyos, y seamos semejantes a él y buscando el bien del otro.

Vivir la humildad nos hace entrar en conflicto en nuestro interior. El Evangelio te desafía, resalta el egoísmo, la sensualidad, la avaricia a toda costa. En resumen, el Evangelio no te dejará en paz. Si no sientes este conflicto dentro de ti, significa que aún no has comprendido lo que Jesús te propone con su Evangelio.

Si he decidido vengarme de un mal que me han hecho, quiero que paguen, hay una fuerza que se me opone, que me dice: "No lo hagas", se opone a la decisión que tomé, me impide vengarme. Esta fuerza es el Evangelio.

Si tienes la oportunidad de hacerte rico dejándote corromper, hay una fuerza que se te opone, que te da un manotazo en las manos, para evitar que tomes ese dinero. Es el Evangelio. Si has decidido tener un adulterio, hay una fuerza que te dice: "No lo hagas". Esa fuerza es el Evangelio. Si sigo a Jesús, me adheriré a Él, me apasionaré por él, y podré vivir desde la humildad, la verdad profunda de mi ser.

En este mundo lleno de maestros en el que cada vez sabemos menos qué rumbo tomar en la vida, qué decisiones tomar, qué valores cultivar, Jesús nos dice: "Solo hay un maestro. El único maestro es Él. Te enseñará a vivir. En este mundo de tanta orfandad, el Padre te llama y te modela, para que te parezcas a Él, para que vivas los valores que vienen del Padre. El Padre te dice: "Hijo, me reconozco en ti, porque me veo en ti, porque te asemejas a mí. Puedes llamarme Padre, te reconozco como mi hijo." El Espíritu te enseñará a seguir a Cristo. Sin el Espíritu no podrás conocer a Jesús. Necesitas al Espíritu para descubrir a Jesús como Salvador y Redentor, para entregarte a él.

La Virgen nos diría: "la única prenda que debe revestir a un discípulo de Cristo es la persona de Jesús de Nazaret; quien te encuentre, quien te escuche hablar, quien te escuche razonar, juzgar, vivir y actuar, debe ver a Jesús de Nazaret en ti. Si los demás ven en ti a Jesús. Habrás aprendido a ver la vida desde la humildad que te lleva a unirte por amor a Jesús y a servirlo como único Salvador.

Si vives la humildad, Cristo habitará en tí.